

La idea de Progreso desde la Perspectiva Histórica.

Luis Rafael García Jiménez

Resumen

El presente trabajo titulado: «La idea de progreso desde la perspectiva histórica», tiene por objetivo estudiar la idea de progreso desde la antigüedad (como antecedente) hasta la actualidad, haciendo hincapié en filósofos como Voltaire, Bacon, Kant, Hegel, así como el estudio del progreso como fe, analizando al positivismo y al marxismo. Como recurso metodológico se ha dividido en las siguientes etapas: 1. El hombre antiguo y medieval. 2. La visión de Voltaire. 3. La visión de Bacon. 4. La Ilustración y el Renacimiento. 5. La modernidad ya consolidada. 6. La Postmodernidad. Se llegó a la conclusión de que a pesar de la fe ciega en el progreso, en el devenir histórico han existido pensadores que han hablado de su fin. En el presente el cuestionamiento de la idea de progreso y de sus límites.

Palabras Clave:

Progreso, Ilustración, Renacimiento, Modernidad, Marxismo, Positivismo, Postmodernidad.

Abstract

The purpose of this article is to study the idea of progress from the antiquity to the actuality, reading Voltaire, Bacon, Kant, Hegel, the religious faith, the positivism and marxism. The points we abord are the medieval and antiquity man, the Voltaire view, Bacon sight, the Illustration and Renacement, the modernity. The conclusion is that, in spite of the blind faith in the progress, there are a few thinkers that they had talk about its end.

Key-terms:

Progress- Ilustration- Renacement - Modernity - Marxism - Positivism - Postmodernity

INTRODUCCIÓN

Antes de iniciar el desarrollo del trabajo, es necesario preguntarse ¿qué se entenderá por progreso?.

Etimológicamente, viene del latín Progressus y de acuerdo al DRAE significa: «Acción de ir hacia delante. Avance, adelanto, perfeccionamiento».

En la Enciclopedia de las Ciencias Sociales (1981) se señala: Progreso, del latín Progredi que quiere decir avanzar y lo define como : « Avance de la sociedad humana hacia una situación mejor de orden técnico, científico, material y también espiritual.

Sólo el animal humano tendría progreso, él sería producto de la acción del hombre y no sería más que otra creación de éste. En tal sentido, para Arendt (1996), la idea de progreso no denota cualidad objetiva de la historia o la naturaleza; es el resultado de la acción humana. Collingwood, señala: «... Podríamos sugerir que el progreso histórico es sólo otro nombre que se da a la actividad humana misma, en cuanto sucesión de actos cada uno de los cuales surge del anterior...» (1990;309). Para Carr (1973): «... El progreso es un término abstracto; y las metas concretas que se propone alcanzar la humanidad surgen de vez en cuando del curso de la historia, y no de alguna fuente situada fuera de ella ...» (pp. 161). Y citando al historiador Lord Acton, quien definía al progreso como «... la hipótesis científica sobre la cual debe escribirse la historia...» (pp. 178-179).

Hasta la mitad del siglo XX, se había planteado la idea de progreso como todo descubrimiento o invención de un valor, transformación de una cosa en bien, institución destinada a realizar un valor (por imperfecto que desempeñe su contenido), mejor realización de un valor ya realizado, aumento de bienes en cantidad, aumento en la capacidad humana para estimar valores, rectificación de aberraciones estimativas. (Morente, 1945).

En el desarrollo del trabajo se apreciará las siguientes etapas (especie de periodización) de la idea de progreso en la civilización occidental europea, impuesta al resto del planeta:

Primera. El hombre antiguo (griego y romano) y medieval se encontraba casi inerte frente a una naturaleza todopoderosa y a una estructura social rígida y legitimada por la religión. (De Viana, 1996).

Segunda. La acumulación de experiencias seculares había llevado al hombre a darse cuenta de que el conocimiento mismo y la aplicación de éste progresaban. En la época de Luis XIV (el Rey Sol) se veía como cima del progreso humano. El hombre estaba tan impresionado de su propio progreso secular hasta el momento que no miraba más adelante, particularmente porque más allá de tal presente secular seguía en pie, aún poderoso, lo divino (Kahler,1990).

Tercera. Esta etapa representada por Bacon quien, indiferente al pensamiento de un «fin de los tiempos»; miró más allá de su presente, Plus Ultra, e infirió el progreso futuro del progreso pasado, y para la noción de progreso hizo planes. Sin embargo, el Plus Ultra era aún indistinto.

Cuarta. Alcanzada por los hombres de la Ilustración y los revolucionarios franceses, principalmente por Condorcet que esperaba un reinado de la perfección humana, la unión indisoluble de libertad, igualdad, virtud e intelecto maduros, todos los revolucionarios ideológicos desde entonces se han inspirado por esta perspectiva.

Quinta. En la modernidad propiamente dicha (ya consolidada), la idea de progreso será como el alma o su segunda naturaleza.

Sexta. En la postmodernidad se plantea los límites del progreso, inclusive se habla de su fin.

Para nosotros los latinoamericanos el progreso siempre fue esquivo. Se ha vivido pensando en el progreso y ese progreso siempre estuvo ubicado en el futuro lejano, olvidando vivir el presente y cuando se pensaba que estábamos cerca, ahora nos dicen que el progreso ha llegado a su fin o hay que limitarlo. Entendiendo que la idea de progreso entre nosotros, ha sido otra importación teórica de los países altamente desarrollados, que sí han vivido en y para el progreso

1. La naturaleza todo poderosa.

1.1. El hombre antiguo y medieval.

Algunos escritores, filósofos, sociólogos e historiadores han tratado de ver o han encontrado ideas incipientes de progreso en la antigüedad clásica (griegos y romanos), como ejemplo Recasens Siches (1960) expresaba que ya en la antigüedad clásica se produjeron algunos pensamientos en los que se apuntaba la idea del progreso. Dando como ejemplos: Hesíodo (siglo VII aC), Esquilo (525- 456 aC), Tucídides (465 - 395), Platón (427 - 348 aC), Aristóteles (384 - 322 aC), Polibio (200 - 120 aC), Lucrecio (98 - 55 aC), Cicerón (106 - 43 aC), Séneca (4 aC - 65 dC).

Pero en las obras de Polibio, Herodoto (484 - 420 aC), Tucídides y Lucrecio, así como otros filósofos de la Antigüedad Clásica vemos que se interesaron muy poco tanto por el pasado como por el futuro. La historia para los antiguos era circular, es decir, una historia cíclica.

Tucídides (1986), por ejemplo, era de la opinión de que nada importante había ocurrido en el tiempo anterior a los acontecimientos que él describe, y que era probable que nada importante ocurriese, después.

Lucrecio (citado por Carr, 1973) deducía que la indiferencia del hombre hacia el futuro, se debía a su indiferencia hacia el pasado. Ya Polibio (1986), había advertido una tendencia al agrandamiento progresivo del alcance de las unidades históricas. Pero lo que conseguía ver como culminación y resultado final de esta tendencia era el imperio romano, cuerpo político aún particular, no la coherencia que todo lo abarcaba la naturaleza humana. Además su visión seguía sujeta a la pauta de la recurrencia eterna o de lo divino.

1.2. El pensamiento judeo-cristiano

Fueron los judíos y luego los cristianos, los que introdujeron un elemento del todo nuevo, postulando una meta hacia la que se dirige el progreso histórico: la noción teleológica (de telos = fin) que considera al mundo como un sistema de relaciones dirigidas a un fin determinado de la historia. De esta forma adquirió la historia sentido y propósito, pero a expensas de su carácter secular. El alcance de la meta de la historia implicaría automáticamente el final de la historia, la misma historia se tornaba teodicea (teología natural).

La más avanzada noción de progreso (de acuerdo a Kahler) la encontramos expresada alrededor de 1200 por el jurista boloñés Azo (su teoría se adelanta, por cierto, hasta la Edad Moderna; de hecho anticipa el dogmatismo dominante de los siglos XVIII y XIX) en el prólogo a su Summa Codicis mantiene que la naturaleza humana es susceptible de ser continuamente mejorada mediante el conocimiento y un hábito profundo de estudio...» (1990; 127).

Ya al principio de la era cristiana, bajo el régimen de Augusto (63 aC - 14 dC), se había advertido el progreso material pero se tomó como signo y preparación del advenimiento del milenio, a esa parte del progreso cristiano hacia la salvación.

Los teólogos, entre ellos Agustín (354 - 430 dC), rogaban por la preservación de Roma y el retraso del día terrible de las cuentas, algunos hasta querían ver en el Imperio Romano una aproximación al milenio e ideaban lo que pudiera denominarse como una «idea cristiana de progreso».

El pensamiento judeocristiano veía el progreso del hombre hacia la salvación como un acontecimiento universal y único, pero estaba dominado por un absoluto históricamente estable,

y su progreso se dirigía a un fin fijo. Sólo la rotunda separación paulina y agustiniana del espíritu y cuerpo, y la consecuente liberación de los intereses y actividades de pensamiento secular, hicieron posible la clase de conciencia histórica que se formará en los hombres del siglo XIX. Por otra parte, tanto en la Antigüedad como en los tiempos medievales, circulaba una concepción de la historia como un progreso regresivo, como una ida de lo mejor a lo menos bueno y a lo peor. En la mitología antigua se hablaba de que hubo en tiempos remotos una Edad de Oro, en la que todo era felicidad, abundancia y bienestar (era válido el aforismo de que «todo tiempo pasado fue mejor»). Pero a esa edad le sucedieron períodos difíciles y menesterosos. Por otra parte, el dogma bíblico del estado original de inocencia de Adán y Eva en el paraíso, de su caída en el pecado original (¡ te ganarás el pan con el sudor de tu frente !), y de la consiguiente degeneración de la naturaleza humana, incitaron a algunos a pensar la historia como un proceso de decadencia, en la medida en que el pecado sigue dominando y aumentando. En conclusión, para el judaísmo y luego para el cristianismo la concepción del tiempo histórico era lineal - progresivo.

II. El esplendor del Rey Sol.

2.1 El progreso para Voltaire (1694 -1778).

La Ilustración (a excepción de algunos de sus más conspicuos representantes como el suizo Rousseau y el francés Diderot) explícito la idea de progreso y la cargó de contenidos terreno, histórico y palpable. Si bien para los filósofos del siglo XVIII; y fundamentalmente para Voltaire, la noción de progreso podía conllevar cierta carga metafísica, expresada en los anuncios y disquisiciones acerca de los avances de la razón como guía del espíritu humano. El progreso para Voltaire, implicaba sobre todo, una descripción fenomenológica cuyos hitos podían rastrearse a lo largo de la historia de la humanidad en sus producciones culturales, sociales, políticas y religiosas.

Voltaire ha sido considerado como uno de los grandes publicistas de la noción burguesa de progreso, de él expresa Meinecke (1982): «... Voltaire quería escribir una prehistoria universal de la burguesía francesa, de esa clase humana civilizada, refinada, inteligente, industrial y confortable que le encantaba...» (citado por Caparrós, 1990; LIII).

La idea volteriana del progreso ha sido hartamente controvertida, cuando señala un fin. Su esquema de los cuatro grandes siglos lo demuestra: El primero, se encerró en los límites de Grecia; el segundo, es del Imperio Romano; el tercero, el que siguió después que Mahomet II se apoderó de Constantinopla y el cuarto, es el llamado de Luis XIV, de este último dice Voltaire : «... es quizá el que más se acerca a la perfección...» (1986; 87-88). Luis XIV de Francia (1643 - 1715), el Rey Sol, expresaba «estar poseído de la Omnisciencia de Dios» y decía que: *E'état C' est moi* (Pirenne, 1976; 195).

Cuando analizamos esos cuatro siglos o momentos de la historia de la humanidad planteados por Voltaire, aparecen como picos aislados tras los cuales el relieve volverá a la llanura, en tal sentido no habría en definitiva tal progreso, sino ciertos momentos de perfección que no tardarían en desaparecer, engullidos por las fuerzas oscuras del inmovilismo.

Para Paul Hazard -1975- (citado por Caparrós,1990); Voltaire, creyó discernir una evolución que llevaba al progreso, progreso muy lento, muy difícil, incesantemente amenazado y que, sin embargo, sale a la luz en ciertas épocas privilegiadas de la civilización.

A fuerza de buscar indicios de un progreso desesperadamente oculto durante largos períodos , Voltaire sienta las bases de una especie de antropología histórica que tardaría mucho tiempo en ser plenamente retomada por otros historiadores.

Voltaire (1990), asentaba que «toda la historia es historia moderna» , y que nada se podía conocer auténticamente anterior más o menos al final del siglo XV , decía dos cosas a la vez; que nada se podía conocer anterior al período moderno, y que nada anterior valía la pena de conocerse. Estas dos cosas desembocaban en lo mismo. Su inhabilidad (eso parece) para reconstruir historia autentica a partir de los documentos del mundo antiguo y la Edad Media fue el origen de su creencia en que esas épocas eran oscuras y bárbaras (en su obra «Filosofía de la Historia» - 1990- se encuentran muchas citas erradas o incorrectas). La idea de la Historia como progreso desde los tiempos primitivos hasta su presente era para, los que creían en ella, una simple consecuencia de que su horizonte histórico no iba más allá del pasado reciente, no les interesaba el pasado remoto y menos aún el futuro, el progreso se expresaba en su presente.

III. El presente Plus Ultra.

3.1. El progreso para Francis Bacon (1561-1626).

Este filósofo inglés , precursor de la filosofía Empirista. Entre sus principales obras se encuentran «El Novum Organon» y «La nueva Atlántida». Su principal afán era ya el progreso del conocimiento e insinuó un fin impredecible, con sólo afirmar que el mundo en que vivía había entrado en la vejez. Invirtió explícitamente el orden de las edades históricas, y a tal efecto expresaba: « los `antiguos' son la juventud del mundo(...), y los modernos son la vejez, y como se supone con razón, que la gente vieja, con su conocimiento y experiencia acumulada es más sabia que los jóvenes, puede considerarse que lo mismo es válido para la edad moderna y de ella puede esperarse conocimiento creciente...» (citado y comentado por Kahler,1990;143).

Francis Bacon fue indiferente al pensamiento de un «fin de los tiempos», del fin del progreso, miró más allá de su presente, Plus Ultra, diferencio el progreso futuro del progreso pasado, y para aquel hizo planes concretos. Sin embargo, el Plus Ultra era aún indistintivo.

Al igual que Bacon, durante buen tiempo Descartes (1596 - 1650), Pascal (1623 - 1662), Charles Perrault (1628 - 1703), Newton (1642 - 1727) y otros de sus contemporáneos, tenían la creencia que el progreso consistía puramente en descubrimientos tecnológicos y científicos, esto es, invenciones, observaciones y experiencias. Todas estas innovaciones se basaban en el supuesto de la absoluta estabilidad e inmutabilidad de la naturaleza y, así, también de la naturaleza humana . (Kahler,1990;144).

El optimismo progresivo, de los autores antes citados, fue contrariado por el escepticismo de pensadores como Rousseau (1712 - 1778) { ya que la mayor parte de las mentalidades progresivas más reflexivas fluctuaban entre la fe y la duda} y con fundamento secular, la crítica sardónica de Voltaire ante la civilización, fueron los agentes reactivos mas influyentes en el desarrollo de la creencia en el progreso. Ambos hombres, sin embargo, no sólo pararon en programas o ideas de reforma educativa y democrática sino que su crítica misma del progreso, sin fin, agitó y sostuvo el movimiento. Esta fluctuación entre tesis y antítesis fue, sin embargo, de ordinario superada mediante conceptos síntesis, como los de Turgot (1727 - 1781) y de Kant (1724 - 1804), motivando a un progresivismo que avanzaba, más y más propenso a mirar adelante, hacia el futuro prometedor y a olvidar las cosas del pasado.

IV La Modernidad naciente.

4.1. La Ilustración y el Renacimiento.

En esta parte se analizará al pensamiento generalizado para la época, en donde el progreso no tenía límites y que nos marcaría hasta el presente.

La Ilustración se caracterizó porque sus seguidores se proponían convertir a la razón en el instrumento ideológico idóneo para la interpretación del mundo y del hombre, y para quien guiaría la vida humana hacia la meta de una mayor plenitud y felicidad, es decir, el progreso.

Y el Renacimiento restableció la concepción clásica de un mundo antropocéntrico y de la permanencia de la razón, pero sustituyó la pesimista visión clásica del futuro por una visión optimista derivada de la tradición judeocristiana.

Los renacentista de la Ilustración, que fueron los fundadores de la moderna historiografía, conservaron la visión teleológica judeocristiana, pero secularizaron la meta pudieron así restablecer el carácter racional del propio proceso histórico. La historia se convirtió en el progreso hacia la consecución de la perfección terrenal de la condición humana, tanto material como espiritual.

Los revolucionarios franceses, en especial Condorcet (1743 -1794) que esperaba un reinado de la perfección humana, la unión indisoluble de libertad, igualdad, virtud e intelecto maduro, que se materializaría como resultado final de la revolución; todos los revolucionarios ideológicos desde entonces (incluyendo a los marxistas que buscaban la sociedad sin clases en la que desaparecería la guerra y la política) han sido inspirados por esta perspectiva. Para, Condorcet (discípulo de Voltaire) : «... La naturaleza no ha puesto límite alguno al perfeccionamiento de las facultades humanas (...); la perfectividad del hombre es realmente infinita (...) los progresos de esta perfectividad, de ahora en adelante independientes de la voluntad de quienes desearían detenerlos, no tienen más límites que la duración del globo al que la naturaleza nos ha arrojado...» (1980;82-83).

El culto al progreso llegaría a su cenit cuando la prosperidad, el poderío y la confianza alcanzaron su punto culminante en la Gran Bretaña; y los escritores e historiadores británicos fueron de los más ardientes participantes del culto al progreso.

4.2. La Modernidad.

Se entenderá por Modernidad, como el período histórico que se extenderá desde el siglo XVII (con el Renacimiento y la Ilustración), cuando se produce el surgimiento de las ciencias experimentales y la afirmación filosófica de la subjetividad hasta el presente (cuando entra en crisis y será entendida como modernidad tardía o hipermodernidad). También será entendida, como la configuración cultural que le corresponde a la época histórica, denominada por la fe ciega en el progreso, en la razón, en la universalidad y en las capacidades autónomas del hombre. Para la modernidad y los modernos se mantiene la creencia de que el progreso es una Ley Histórica de hecho, de forzoso cumplimiento, fue ganando cuerpo y dominó en la Edad Moderna del mundo occidental (europeo al principio, uniéndose los norteamericanos después), hasta convertirse en el siglo XVIII en la convicción básica tal vez más honda y más arraigada, sobre la cual se asentaba la vida humana, individual y social. Los grandes formuladores de esa idea fueron entre otros:

- Gottfried Wilhelm Leibniz (1646 - 1716), alemán, cuyas obras fundamentales se tiene: «Discurso de la Metafísica», «Nuevo ensayo sobre el entendimiento humano» y «Teodicea».
- Charles Secondat Montesquieu (1689 -1755) ,francés, obras: «Las Cartas Persas» y «El espíritu de las leyes».
- David Hume (1711 - 1766), irlandés, obras: «Tratado de la naturaleza humana», «Diálogos sobre la religión natural», «Los principios de la moral», «Historia de Inglaterra».
- Adam Smith (1723 - 1790), británico, obras: «Investigación sobre la naturaleza», «Causas de la riqueza de las naciones».
- William Robertson (1721 - 1793), escocés, obras: «Historia del emperador Carlos V», «Historia de América».
- Emmanuel Kant (1724 -1804), alemán, obras: «Crítica de la razón pura», «Prolegómenos a toda metafísica futura», «Fundamentación de la metafísica de las costumbres», «Crítica de la razón práctica», «Crítica del juicio», «Metafísica de las costumbres».
- Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770 - 1831), alemán, obras: «Sistema de la ciencia», «Fenomenología del espíritu», «La ciencia de la lógica», «Filosofía del derecho», «Filosofía de la Historia Universal», «Estética», «Filosofía de la religión».
- Augusto Comte (1798 - 1857), francés, obras: «Curso de filosofía positiva», «Discurso del espíritu positivo», «El catecismo positivista».
- Karl Marx (1818 -1883), alemán, obras: en colaboración con Engels (1820 -1895), «La sagrada familia», «La ideología alemana» y «El Manifiesto Comunista». Su obra fundamental «El Capital».
- Herbert Spencer (1820 - 1903), alemán, obras: «Principio de ética», «Filosofía sintética».

Además de:

- Anne Robert Jacques Turgot (1727 - 1781) , francés.
- Claude Adrien Helvecio (1715 - 1771), francés .
- Johann Gottfried Herder (1744 - 1803), alemán
- Marie Jean Antoine Condorcet (1743 - 1794), francés.

Para estos, europeos occidentales, la idea de progreso se basaba en la creencia de que la civilización se ha movido, se va moviendo y se moverá en una dirección predecible y deseada. En este sentido, la idea de progreso en una concepción de la historia, según la cual hay un determinado orden en la sucesión de los acontecimientos, orden que realiza una mejora en la realización de los valores y orden que es considerado como una ley causal.

Así, en oleadas de argumento y contra argumento prevaleció la convicción de que los modernos eran ciertamente iguales, y en algunos aspectos (como el conocimiento y sus aplicaciones) decididamente superiores a los antiguos. Los acontecimientos reales ampliaron los conceptos, al igual que los conceptos ampliados promovían los acontecimientos reales ; no sólo la tecnología (ya puesta en práctica como la brújula, la imprenta, la pólvora, el telescopio) y los descubrimientos transoceánicos que le ampliaron la visión del mundo, sino también la consolidación de los Estados Nacionales, el esplendor y la gloria del régimen de Luis XIV, la expansión colonial y económica de los Países Bajos y de Inglaterra que consolidaron su poder

económico, y las innovaciones comerciales y financieras que esto implicaba, y por último los tiempos de las revoluciones holandesa, inglesa, norteamericana y francesa.

Gradualmente la teoría del progreso se extendió del campo restringido de las capacidades humanas, alimentando por la acumulación del conocimiento, a la condición social y moral (en sentido amplio) del hombre. Esto equivalía a una activación del concepto. El progreso del conocimiento y la praxis técnica no había ya de exponerse sin más; era cosa de usarlo sistemáticamente para el bienestar natural y el avance moral de la humanidad. Claro es que la naturaleza humana seguía considerándose fundamentalmente estable, pero, con todo, perfectible merced a la Ilustración y el mejoramiento de las condiciones externas europeas occidentales. En este período se consideran como representativos a los efectos del estudio a Kant, Hegel y Nietzsche.

4.2.1. Kant (1724 - 1804).

Siguiendo los planteamientos de Collingwood (1990); la historia es un progreso hacia la racionalidad, que al mismo tiempo un avance en la racionalidad. Claro está que aquel progreso era, en la época de Kant, un lugar común tanto de la Ilustración como en el pensamiento romántico (éste además de su nostalgia por el pasado, tenía otra idea; la concepción de la historia como progreso, como desarrollo de la razón humana o de la educación de la humanidad). Hay que tener cuidado de no confundirlo con la identificación, aparentemente similar, pero, en realidad, muy diferente de la historia con el progreso tan en boga a fines del siglo XIX. La metafísica evolutiva de fines del siglo decimonónico sostenía que todos los procesos temporales eran, en cuanto tales, de carácter progresivo, y que la historia es un progreso simplemente porque es una secuencia inevitable de sucesos en el tiempo; así pues, la progresividad de la historia era para aquellos pensadores simplemente un caso de la evolución o progresividad de la naturaleza. Pero en el siglo XVIII se consideraba a la naturaleza como no progresiva, y se pensaba la progresividad de la historia como algo que diferenciaba la historia de la naturaleza. Se pensaba que podían incluso sociedades humanas sin progreso en la racionalidad, los cuales serían sociedades sin historia, con las sociedades no históricas o meramente naturales como por ejemplo las abejas o las hormigas. Sin embargo, Kant pensaba que fuera del estado de la naturaleza había progreso, él dividía la historia en un pasado enteramente irracional y un futuro enteramente racional, y colocaba la meta del progreso en un futuro milenio, el presente era una especie de transición.

La proyección kantiana final del curso de la historia y el fin del progreso, puede constituirse como el germen del complejo esquema hegeliano de la auto objetividad de la «Razón Universal» materializándose en el Estado Ideal.

4.2. Hegel (1770 - 1831).

Cuando se analiza su obra filosófica se infiere una historia universal de la humanidad y muestra un progreso desde los tiempos primitivos hasta la civilización de nuestros días. Dicha filosofía que hace terminar la historia no en el juicio final sino en el día de hoy, sólo acaba por glorificar e ideologizar el presente, negando que sea posible ningún proceso ulterior y proveyendo una justificación seudo-filosófica para una política de rígido y obtuso conservadurismo. La historia tendría que terminar con el presente porque no ha sucedido nada más. Pero esto no significa glorificar el presente ni pensar que es imposible un progreso futuro. Sólo significa reconocer el

presente como un hecho y caer en cuenta de que no se sabe qué futuro habrá. Como lo decía Hegel: el futuro es un objeto no de conocimientos sino de esperanzas y temores; y esperanzas y temores no son historia. (1989). Hegel revistió su absoluto con el manto místico de un espíritu mundial, y abocó el curso de la historia a su fin en el presente, en vez de proyectarlo en el futuro reconocía en el pasado un proceso de evolución continua, y se lo negó al futuro, de modo incongruente. Hegel veía el fin de la historia en el esplendor de la monarquía prusiana.

4.2.3. Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844 - 1900).

Filósofo alemán, partidario de las ideas de la izquierda hegeliana. Fue Vitalista e Irracionalista (en este aspecto, lo convierte en antimoderno), propugnó la tramutación de todos los valores, con el fin de establecer las bases para hacer posible el 'Super Hombre'. En su trabajo sobre «De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida»; encontramos sus planteamientos sobre el progreso cuando nos dice: «... Hoy, por el contrario, queremos alegrarnos de todo corazón de nuestra falta de sabiduría y conducirnos como verdaderos hombres de acción y de progreso como veneradores de la evolución. Puede suceder que nuestro concepto del desarrollo histórico no sea más que un prejuicio occidental. ¡Siempre que en los límites de este prejuicio progreseemos y no nos detengamos en el camino! ¡siempre que aprendamos mejor a hacer la historia en vista de la vida!.

V. El progreso como fe.

5.1. El Positivismo.

El positivismo es un sistema filosófico que surgió en la segunda mitad del siglo XIX, su creador fue el francés Augusto Comte (1798 - 1857). El positivismo se convertirá en la primera corriente sociocultural generalizada de la modernidad y constituye la espina dorsal de la sociedad moderna occidental. El positivismo es hijo de la racionalidad científico-técnica; de la reducción unilateral del funcionamiento de la razón humana a la dimensión de su interés a la eficacia, el control y el dominio, todo lo que es real todo lo que sucede puede y debe ser sometido al dominio - conocimiento de la razón.

La historia exigía para sí una materia esencialmente progresiva, la ciencia una esencialmente estática. Con Charles Darwin (1809 - 1882), el punto de vista científico capitulaba ante el histórico, y ambos estaban ahora de acuerdo en concebir su materia como progresiva. Ahora se podría utilizar la evolución como término genérico que abarcaría por igual el progreso histórico y el natural. La victoria de la evolución significaba, en los círculos científicos, que la reducción positiva de la historia a la naturaleza estaba cualificada por una reducción parcial de la naturaleza.

5.2. El Marxismo.

También el marxismo participa de la idea moderna de progreso al sostener la evolución necesaria de la sociedad humana de estadios primitivos de barbarie hacia la sociedad sin clases, y la posibilidad del hombre (la clase proletaria) de intervenir conscientemente y activamente en ese proceso mediante la revolución social: «La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases». (Marx - Engels, 1969; 65). Si se

considera a la tecnología como una de las fases inmersas en el progreso del hombre, nos encontramos: «... una historia crítica de la tecnología demostraría en qué escasa medida cualquier invento del siglo XVIII se debe a un solo individuo (...) La tecnología pone al descubierto el comportamiento activo del hombre con respecto a la naturaleza, y esto, asimismo, sus relaciones sociales de vida y las representaciones intelectuales que surgen de ellas...» (1975; 453). Así como a través del conocimiento de las leyes naturales (la ciencia, la técnica) el hombre ha llegado a dominar la naturaleza, de modo análogo, mediante el conocimiento de las leyes del proceso histórico (el materialismo histórico, la ciencia marxista), el hombre (la clase proletaria) podrá llegar a dominar el curso de la historia y hacerle responder a las ansias emancipadoras que portan en sí. Carlos Marx, llegó a afirmar que la verdad acerca del hombre su verdadera «esencia», el hombre verdadero está por producirse en el futuro, cuando en la sociedad comunista, sin clases sociales, pueda desplegar todas sus potencialidades libre de la alienación. Esto significa que la clave de la antropología marxista en el futuro, el final de la historia, es escatológica, es decir, la mirada previa que el hombre dirige a la consumación definitiva de su propia existencia (del griego eskhaton, eskhata: últimas cosas, postrimerías).

El historiador Helmut Fleischer (1969), expresaba que; Marx hablaba, al esbozar su esquema del curso de la historia, de épocas «progresivas» en la formación social. Por lo demás (Marx), recurrió escasamente al «progreso» habiendo, inclusive, hecho referencias sarcásticas a él: hasta ahora el progreso humano se ha parecido demasiado a esos horribles ídolos paganos (...) que sólo aceptan beber el néctar en el cráneo de los vencidos (pp.93).

De acuerdo a los marxistas, el progreso histórico sólo se cumple con una necesidad cuasi-natural en el acontecer, cuando un número suficientemente grande, significativo y calificado, de hombres, contando suficiente experiencia de lo existente, así como habiendo preparado adecuadamente esa experiencia previa, llega a constituir una fuerza muy precisamente dirigida, superior a toda oposición, a la creación de una forma social superior.

De los planteamientos de Marx se infiere que él compartía algunas de las inhibiciones de Hegel en cuanto a mirar hacia el futuro, y que se interesaba sobre todo en arraigar firmemente su enseñanza en la historia pasada, se vio impelido, por la naturaleza de su tema, a proyectar hacia el futuro su absoluto de la sociedad sin clases.

El pronóstico de Marx de que la revolución proletaria realizaría el fin último de una sociedad sin clases era lógico y «moralmente» menos vulnerable; pero la presunción de un término de la historia tiene un matiz escatológico más apropiado para un teólogo que para un historiador o científico social y reviste en la falacia de una meta situada fuera de la historia; recuérdese que para Marx, la historia comenzaba con la sociedad sin clases antes de ésta sólo era pre-historia.

Para concluir, Konstantinov expresaba: «... el trabajo de las masas populares es lo que impulsa la marcha de la sociedad, lo que traza el curso de la historia y el progreso de toda civilización (...) La fuerza propulsora de la historia de la sociedad escindida en clases es la lucha de clases y, ante todo, la lucha de las masas trabajadoras por un régimen social más progresivo...» (1965; 615).

VI. La Modernidad tardía o i Postmodernidad ?.

6.1. Del siglo XIX al siglo XX.

La fe en el progreso en el siglo XIX, de acuerdo a Ortega y Gasset, cloroformizó al europeo para esa sensación radical de riesgo que es sustancia del hombre «... porque si la humanidad progresa inevitablemente,

quiere decirse que podemos abandonar todo alerta, despreocuparnos, irresponsabilizarnos (...) y dejar que (...) la humanidad nos lleve inevitablemente a la perfección y a la delicia (...) Marchando así segura hacia su plenitud, la civilización en que vamos embarcados sería como la nave de los Feacios de que habla Homero, la cual, sin piloto, navegaba derecho al puerto. Esta seguridad es la que estamos pasando ahora ...» (1957; 46-47).

La idea de progreso se convirtió casi en artículo de fe. Esta concepción no era sino una concepción de orden, metafísico derivado del materialismo evolutivo, y subrepticamente introducida en la historia por el ambiente de la época. Sin duda raíces en el concepto dieciochesco de la historia como el progreso del hombre en y hacia la racionalidad; pero en el siglo XIX, la razón teórica había llegado a significar el dominio de la naturaleza (pues el conocimiento se equiparaba con las ciencias naturales y las ciencias naturales, a los ojos del pueblo, con la tecnología), y la razón práctica había llegado a significar la persecución del placer pues la moralidad se equiparaba con la promoción de la mayor felicidad del mayor número, y la felicidad con la cantidad de placer). Desde el punto de vista del siglo XIX, el progreso de la humanidad significaba hacerse más y más rico y pasarla cada vez mejor,

En el siglo XX (en sus primeros sesenta años), precisamente desde que se inicia y difunde la conciencia de la crisis integral de nuestro tiempo, la fe en el progreso como ley, forzosa de la causalidad histórica se resquebrajó considerablemente. No se renunció ciertamente a seguir pensando el progreso como el curso deseable en el desenvolvimiento de la historia. Tampoco se perdió la esperanza de que el progreso continuase desenvolviéndose en el futuro. Ni se renunció a seguir poniendo los esfuerzos al reverso del progreso. Todas esas actitudes siguieron en pie, con firmeza, incluso diríamos con más ahínco. Lo que pasó fue otra cosa; pasó que muchos empezaron a dudar seriamente de que el progreso fuese una ley causal de la historia, de que el progreso fuese una forzosidad ineludible. Por un lado, se advertía que si bien el progreso científico se presentaba precisamente en nuestro tiempo como un hecho evidente y de volumen gigantesco, y con él también el progreso técnico en todos los ordenes (ingeniería, medicina etc.); en cambio el progreso ético distaba mucho de aparecer como notorio; es más, había serios motivos para dudar si en realidad existía como hecho comprobable en nuestro tiempo, o si, por el contrario, la época parecía constituir un testimonio no sólo de inexistencia de progreso moral y político, sino un retroceso. Esos temores se acrecentaron cuando se produjeron caídas verticales (en lo político, económico) en algunos países occidentales del mundo, por ejemplo, una franca bestialidad y en una acción sistemática de criminalidad colectiva al triunfar en ella los nazi y las potencias del mundo occidental durante la Segunda Guerra Mundial se sentó la horrible angustia de que si llegaran a ganarla los nazi pudiera acabarse de raíz la «civilización judeocristiana occidental», aunque la historia no se escribe con un i qué pudo haber pasado ?.Mendiola y Zermeño, expresan: «... con el Holocausto, las dos guerras mundiales y la sobre-explotación de la naturaleza, comenzó a ser cuestionado de nuevo, en especial, empezó a dudarse de la idea de un progreso sin límites...» (1998; 165).

Por su parte Edgar Morin, señala que: «... Ya hemos aprendido con Hiroshima que la ciencia es ambivalente; hemos visto a la razón retroceder y al delirio stalinista tomar la máscara de la razón histórica; hemos visto que no había leyes en la historia que guiaran irresistiblemente hacia un porvenir radiante; hemos visto que el triunfo de la democracia definitivamente no estaba asegurado en ninguna parte; hemos visto que el desarrollo industrial podía causar estragos culturales y poluciones mortíferas; hemos visto que la civilización del bienestar podía producir al mismo tiempo malestar...» (1999; 38). Si no aceptamos el fin del progreso, por lo menos tenemos que aceptar imponerle límites.

6.2. El fin del progreso y la postmodernidad.

La cultura posmoderna, que por la variedad de sus manifestaciones y por su asistematicidad se escapa, por ahora, a las definiciones formales. En tal sentido se asume lo expresado por Eagleton: «... La palabra posmodernismo remite generalmente a una forma de la cultura contemporánea, mientras que el termino posmodernidad alude a un período histórico específico. La posmodernidad es un estilo de pensamiento que desconfía de las nociones clásicas de verdad, razón, identidad y objetividad, de la idea de progreso universal o de emancipación...» (1998; 11). Hay quienes señalan sin rodeos el acontecimiento histórico que marca el inicio de la posmodernidad, entre ellos tenemos a Gilles Lipovetsky: «... Esta centuria que termina es muy corta. En verdad, comienza con la terminación de la Primera Guerra Mundial, en 1918, y termina con la caída del Muro de Berlín. El siglo esta dividido en dos. La primera mitad está marcada por las ideologías que se formaron en el siglo XIX. La Segunda Guerra Mundial es precisamente el resultado de las ideas racistas del siglo XIX. En esa primera mitad termina la modernidad. La segunda mitad es, en cambio, la de la posmodernidad. En este medio siglo se constituye una sociedad de consumidores y de medios, que cultiva el hedonismo, revaloriza el cuerpo, y en la que se busca el desarrollo personal. Estalla la consagración del mercado y se estabilizan las democracias...» (El Nacional. Papel Literario. 27/02/2000).

Para Morin, la democracia no esta asegurada en ninguna parte. Para Lipovetsky, las democracias se estabilizan. ¿ Será que Morin ve al planeta y Lipovetsky sólo ve a la Unión Europea y al Norte de América (USA y Canadá) ?.

Hablar del fin del progreso ya no es un problema de desconfianza o de posmodernismo, sino que simplemente: «... La civilización moderna ha vivido con la certeza del progreso histórico, La toma de conciencia de la incertidumbre histórica se hace hoy en día con el derrumbamiento del mito del progreso...» (Morin,1999;41). En fin «... el progreso ha perdido definitivamente su primitiva carga axiológica...» (Marramao,1989;27).

Se comparte ampliamente el criterio de Puerta (2000) cuando expresa: «... La idea misma de `progreso' está en cuestión, por sí solas, no garantizan una vida mejor para la humanidad . La industrialización ha traído consigo graves peligros ecológicos y desastrosos desplazamientos humanos. El desarrollo de las nuevas tecnologías informáticas, robóticas, nuevos materiales y de ingeniería genética, han tenido un efecto social devastador: porciones cada vez mayores de seres humanos pasan a ser prescindibles, sustituibles. Posibilidades tecnológicas como la clonación, impone la urgencia de establecer límites éticos y políticos a la misma ciencia...» (Noti Tarde, pag. Opinión,pp 06).

Finalmente, el escritor John Horgan (1998) citando al científico (biólogo molecular) Stent, expresa: «... la ciencia - al igual que la tecnología, las artes y todas las disciplinas progresivas y acumulativas - estaba tocando a su fin...» (pp.26). Más adelante Stent sentencia: «... Creo que la vertiginosa velocidad a la que está moviéndose el progreso (...) hace que parezca mas probable el que este llegue pronto a su fin, cosa que se podría producir mientras vivamos nosotros, o dentro de un par de generaciones a más tardar...» (pp. 27). El progreso sin límites del pasado ha llegado a un progreso con limites en el presente. En la búsqueda del progreso el hombre ha llegado hasta fechar su próxima muerte, con su afán moderno de dominar la naturaleza lo que ha logrado es su destrucción, poniendo en peligro inclusive a aquellos que no han participado en la idea.

CONCLUSIONES

Cierto es que en el devenir de la historia en determinado momento de esplendor y bienestar se ha llegado a pensar en el final del progreso humano o que después de ese esplendor no se llegará a más. Así tenemos por ejemplo, a Polibio que vio el final del progreso en el Imperio Romano; a Voltaire que vio a la época de Luis XIV como la máxima evolución; igualmente Hegel lo vio en el Imperio Prusiano, y en la actualidad lo planteado por Francis Fukuyama. (1992).

No podemos pronosticar el futuro, pero en el presente el hombre está en capacidad de crear vida, es decir, a través de la clonación el hombre puede crear hombres. Con los últimos desciframiento del 98% del código del ADN; el progreso será limitado por la ética y las decisiones políticas.

En lo que respecta a Venezuela e infiriendo a los otrora «tercer mundista» (porque ya no sabemos ni a donde estamos ubicados después que desaparece el «Segundo Mundo»), por pensar y sufrir por un futuro progreso, olvidaron vivir su valioso presente o no se lo dejaron vivir. La modernidad y la postmodernidad han sido una fiesta de los países colonialistas e industrializados a la cual nunca hemos sido invitados y la fiesta la hemos visto desde la calle o la verja.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS:

Arendt, Hannah (1996). Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre reflexión política. Barcelona. Ediciones Península. España.

Caparrós, Martín (1990). Traducción y estudio preliminar, a la obra de Voltaire: Filosofía de la Historia. Madrid. Editorial Tecnos. España.

Carr, E.H. (1973). ¿Qué es la historia?. Madrid. Seix Barral. España.

Collingwood, R.G. (1990). Idea de la historia. México. Fondo de Cultura Económica.

Condorcet (1980)..Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano. Madrid. Editora Nacional. España.

De Viana, Mikel (1996).Los retos de la conciencia moderna. En: Hombre, retos, dimensiones y transcendencia. Caracas. UCAB. Venezuela.

Eagleton, Terry (1998).Las ilusiones del posmodernismo México. Editorial Paidós. Fleischer, Helmut (1969). Marxismo e historia. Caracas. Monte Avila Editores. Venezuela

Fukuyama, Francis (1992). El fin de la historia y el último hombre. Bogotá. Editorial Planeta. Colombia.

Hegel, G. W E (1989). Lecciones sobre filosofía de la historia Universal. Editorial Alianza. México.

Horgan, John (1998)El fin de la ciencia (los límites del conocimiento en el declive de la era científica). Barcelona. Editorial Paidós. España. Beccarece. Diario El Nacional. Caracas. Papel Literario. 27/02/2000. Venezuela.

Kahler, Erich (1990). ¿Qué es la historia ? Fondo de Cultura Económica. México.

Konstantinov, E V (1965). Fundamentos de la filosofía marxista. Editorial Grijalbo. México.

Marramao, Giacomo (1989). Poder y secularización. Barcelona. Editorial Península. España.

Marx, Karl (1975). El Capital. T.I/vol.2. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores.Argentina.

Marx, K y F. Engels (1969). Manifiesto del Partido Comunista. 1848. Buenos Aires. Ediciones del Siglo. Argentina.

Mendiola, A. Y G. Zermeño (1998). Hacia una metodología del discurso histórico. En: Técnicas de investigación. En sociedad, Cultura y Comunicaciones. Coordinador: Jesús Galindo. Editorial Addison Wesley L. México.

Morente, Manuel (1945). Ensayos sobre el progreso. Madrid. Revista de Occidente. España.

Morin, Edgar (1999). Los siete saberes necesarios a la educación del futuro. París. UNESCO: Francia.

Nietzsche, Federico. (1959). Consideraciones Intempestiva. 1873-1875. Segundo fragmento: De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida. Tomo II. 3ra. Edición. Buenos Aires. Editorial Aguilar. argentina.

Ortega y Gasset (1957). El hombre y la gente. Madrid. Revista de Occidente. España.

Pirenne, Jacques (1976). Historia Universal. T/M. Editorial Cumbre. México.

Polibio. (1986). Historia Universal durante la República Romana. T/1-II. Barcelona. Ediciones Orbis. España.

Recasens S, Luis (1960). Tratado General de Sociología. Editorial Porrúa. México.

Tucídides (1986). Historia de la Guerra del Peloponeso. T/ I-II. Barcelona. Ediciones Orbis. España.

Voltaire (1986). El siglo de Luis XIV. T/ PIL Barcelona. Ediciones Orbis. España.

_____, (1990). Filosofía de la Historia. Madrid. Editorial Tecnos. Estudio preliminar y traducción de Caparrós, Martín. España.

HEMEROGRÁFICAS:

Lipovetsky, Gilles (2000). En: Lipovetsky: el Optimista. Entrevista realizada por Hugo Puerta, Jesús (2000). i, Postmodernidad periférica ? Valencia. Diario Noti-Tarde. Valencia. Pp. 06. . 26/07/2000. Carabobo-Venezuela.

REFERENCIALES:

Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española. (1992). Madrid. Vigésima primera edición.

Diccionario de Filosofía (1990). Albornoz, Herman. Valencia. Editorial Vadell Hermanos.

Enciclopedia de las Ciencias Sociales (1981). Política. Dirección: Juan Ontza. Bilbao. Ediciones Asuri.